

Algo adicional

NARRADORA: MARIANNE LARNED

A VECES LA TRAGEDIA PUEDE SACAR A RELUCIR LO MEJOR DE la gente. Con frecuencia le damos a otros lo que nosotros hemos recibido. Después del atentado terrorista al edificio federal Alfred P. Murray en Oklahoma City, un joven se sintió inspirado a ayudar a los niños que perdieron a sus padres. Su generosidad significó un cambio decisivo en las vidas de 207 niños.

Ronnie Fields y sus padres siempre habían sido muy unidos. Hacían todo juntos: trabajaban en su granja de 15 acres, asistían a un salón de baile los sábados e iban a la iglesia los domingos. Los viernes por la noche, la madre de Ronnie hacía su deliciosa pizza casera.

Carroll Fields sólo tenía dieciocho años cuando se casó con Ron Fields y hacía más de treinta años que estaba trabajando en la Administración de la Policía Antidrogas de Oklahoma. Ronnie amaba tiernamente a su madre. Cuando ingresó en la universidad, hablaban casi todos los días y con frecuencia ella le decía cuánto lo quería. Lo que más recuerda de su madre es la risa. Justamente dos semanas antes, ella había asistido a las festividades del Día de la Madre en la fraternidad a la que él pertenecía en la Universidad de Oklahoma. Las fotos que se tomaron ese día resultaron ser las últimas.

Una mañana cuando Ronnie bajaba a desayunar en la sede de su fraternidad, alguien le preguntó si había oído las noticias. Cuando encendió el televisor, supo

inmediatamente que era el edificio de oficinas donde trabajaba su madre el que había sufrido el atentado. El techo del último piso, donde ella tenía su oficina, era ahora batido por el viento.

Ronnie llamó primero a su padre y luego salió en auto para su casa, las 50 millas más largas de su vida. Al pasar por el edificio en su camino a la casa, no pudo ni siquiera mirarlo. Le llevó más de una semana comprobar si su madre estaba muerta o viva. Los rescatistas trabajaban noche y día para despejar los escombros y recobrar las víctimas. La noticia, cuando al fin llegó, venía a confirmar sus peores temores: Carroll Fields era una de las 168 personas que perdieron la vida ese horrible día 19 de abril de 1995.

La gente de todo el país quedó pasmada por esta espantosa tragedia. Todo el mundo quería ayudar. Enviaban donaciones, junto con sus plegarias. Se organizaron lavados de autos para recaudar dinero y aumentaron drásticamente las colas en los bancos de sangre. También se enviaron sentidas cartas para alentar a los rescatistas. En Lubbock, Texas, un niño puso un dólar en un sobre y la dirigió a: «Gran Socorro» (Big Help), en Oklahoma City.

En Santa Clara, California, en lo único que Chris Gross atinaba a pensar era en los niños. «Me mantuve viendo el edificio y las imágenes de los niños que murieron en la guardería infantil», dice. Se quedó pensando en ellos y en los otros, los que habían perdido a sus padres. «Imagínese ser uno de ellos —pensaba Chris—. Póngase en su lugar. Van a estar echando de menos a sus padres por el resto de sus vidas». Chris, un joven de veintisiete años, quería darles a estos niños algo adicional.

Al igual que Ronnie Fields, Chris había estado muy apegado a sus padres. Había crecido sabiendo que era afor-

tunado y sintiéndose agradecido por su vida. A una temprana edad, sus padres le habían inculcado la tradición judía de la *tzedoke*, el dar a los demás. Chris recuerda cómo su madre siempre le compraba caramelos de sobra a las Girl Scouts. «Cuando los chicos se esfuerzan, dales una oportunidad de triunfar —solía decir—. Nunca los rechaces».

Los padres de Chris también cultivaban un aprecio por la educación y se esforzaron para que Chris y su hermano asistieran a la universidad. «Siempre pensé que si la mayoría de los padres tuvieran un último deseo para sus hijos, sería: “Asistan a la universidad, háganse algo de ustedes mismos”» —dice Chris. Él creía que los padres de Oklahoma habrían querido lo mismo para sus hijos, y se preguntaba cómo podría ayudarles a realizar este deseo.

Comenzó por hablar con sus amigos. «¿No sería maravilloso si creáramos un fondo de becas y recaudáramos un millón de dólares para darles a esos chicos alguna esperanza para su futuro? —les preguntaba—. Ahora mismo, todo el mundo está haciéndoles cenas y ofreciéndoles ropas. Pero dentro de cinco o diez años, ¿en verdad habrá alguien allí para ayudar? Si empezamos ahora, podríamos hacer un cambio decisivo en las vidas de esos niños».

Chris procuró los medios para establecer un fondo de becas. Habiéndose graduado sólo unos años antes, sabía cuán caro era asistir a la universidad. Como analista de finanzas en Applied Materials, una compañía de equipo semiconductor, su salario era de \$53.874. Un buen salario para un joven, pero no lo bastante para costear la educación de tantos niños. Aun si lo daba todo, sólo tendría lo suficiente para una beca. Pero ¿que ocurriría si él pudiera conseguir que otros igualaran su salario? Chris decidió compartir su idea con Tom Hayes, vicepresidente de

Corporate Affairs, y de pedirle ayuda. «¿Qué pasaría si pudiéramos conseguir otras dieciocho compañías del Valle de Silicón que igualem mi salario? —propuso Chris—. ¡Recaudaríamos un millón de dólares!».

«Un par de años antes, yo no habría tenido el dinero. Dentro de un par de años, estaré casado con un montón de responsabilidades —reflexiona Chris—. Estaba en un momento óptimo de mi vida». Calculó sus finanzas: tenía \$12.000 en el banco, sin pagos de automóviles y sin deudas. Estimaba que si podía reducir sus gastos y planear cuidadosamente las cosas, podría vivir de sus ahorros por un año. De manera que Chris aprendió a vivir con menos: redujo su ritmo de vida, renunció a su celular y se puso las mismas ropas, en lugar de comprarse otras nuevas. Mantuvo el costo su vida social al mínimo saliendo con algunos amigos a comer un postre en lugar de una comida completa.

Cuando el patrón de Chris decidió igualar su salario, él estaba en camino de alcanzar su meta. Durante las próximas semanas, dedicó muchos y largos días a enviar faxes y a telefonar a otras compañías del Valle de Silicón, invitándolas a participar en el fondo de becas. Cuando se sentía cansado, cobraba fuerzas sabiendo que algún día sería capaz de ayudar a los niños de Oklahoma City.

Sus persistentes esfuerzos fueron recompensados: Chris tuvo éxito más allá de lo que hubiera imaginado en sus sueños más delirantes. Al cabo de casi un año, había recaudado \$400.000 de doce de las dieciocho corporaciones a las que se había dirigido. Cuando la prensa hizo eco de la historia, cientos de personas de todo el país escribieron cartas y enviaron cheques, añadiendo otros \$300.000 al fondo. El gobernador Keating, de Oklahoma, se quedó tan impresionado con el fondo de becas de Chris que agregó

otros \$3 millones del fondo de donación general. «Estaba obsesionado con la idea de darle a la gente la oportunidad de triunfar —dice Chris—. Sencillamente estaba asombrado de lo que una persona podía hacer».

Gracias al Fondo de Becas de Oklahoma City, 207 niños tienen ahora esperanzas para el futuro, sabiendo que recibirán todo el apoyo que necesitan cuando les llegue la hora de ir a la universidad. Ronnie Fields fue uno de los primeros en recibir una beca. Luego del atentado, él no sabía si podría continuar con sus estudios universitarios. Antes de que su madre muriera, ella había pagado su matrícula de la universidad, y su padre, la comida y la casa. Si bien Ronnie trabajaba después de la escuela, no estaba en condiciones de asumir otras deudas. En ocasiones llegó a pensar hasta en dejar los estudios. Cuando recibió una llamada de la Fundación Comunitaria de Oklahoma City dándole la buena nueva acerca del fondo de becas, supo que sus plegarias habían sido atendidas. Él le había orado a Dios, a la espera de que algún bien pudiera derivarse de la tragedia.

Ronnie pensó detenida y cuidadosamente acerca de su futuro y cómo poder compartir sus dones con otros. Como consejero de jóvenes, realmente había disfrutado trabajar con adolescentes. Un tipo de trato fácil, divertido y paciente, enseguida se sintió cómodo con ellos. Además, podía identificarse con los chicos. «Cuando era un adolescente, a veces me portaba como un pelmazo, creyéndome muy superior para compartir con ellos —recuerda él con pesar—, ¡y tengo un video para probarlo!».

Ronnie decidió que podría ayudar a los jóvenes a crear un firme cimiento para sus vidas si proseguía sus estudios universitarios y se convertía en un ministro dedicado a la

juventud. Ahora cursa su segundo año en la Escuela de Teología Brite de la Universidad Cristiana de Texas en Fort Worth. Los fines de semana trabaja de voluntario atendiendo una línea de urgencia, con la esperanza de librar a las familias del dolor del suicidio. «Vive la vida a plenitud, no te angusties por las pequeñas cosas y no esperes para disfrutar de la vida —les aconseja a quienes lo llaman—. Haz tanto bien como puedas, y tendrás alguna diversión de recompensa».

Ronnie piensa en su madre todos los días y a menudo siente que su amoroso espíritu lo acompaña. «Uno nunca sabe cuando alguno de nosotros va a irse —les dice a los jóvenes—. Así, pues, aprecien el tiempo que pasan con sus padres».

Un día Ronnie espera conocer a Chris y darle las gracias por ayudarlo a hacer todo esto posible. «Yo no estaría aquí si no fuera por él —dice con gratitud—. Ha obrado maravillas para mí. Cambió toda mi vida».

La próxima vez que se entere de una tragedia, piense en los niños que han perdido a sus padres. Si quiere darles aliento y apoyo, podría abrir un fondo para becas. Para empezar, no tiene más que llamar a la fundación comunitaria de su localidad o al departamento de fideicomiso de un banco.